



VESTIGIOS DEL PASO DE LOS PORTUGUESES POR JAPÓN

Wenceslau de Moraes

Traducción de Javier Dueñas Polo y Leandro Español Lyons

Coordinación y revisión de la traducción: Rebeca Hernández

La colonia portuguesa, establecida en el Japón, se reduce hoy en día a dos empleados (si acaso) –un ministro y un cónsul– y a algunas decenas de macaenses y descendientes de macaenses, que ocupan generalmente modestas funciones en las firmas extranjeras. Gracias a su exotismo atrayente y a las encantadoras vistas del paisaje, el Japón es un país muy frecuentado por extranjeros, por *touristes*; pues los *touristes* portugueses se reducen anualmente a una media docena de individuos, venidos de la China en corta visita de recreo o como empleados, transitando entre Macao y la Metròpoli, vía América. En cuanto a las relaciones mercantiles entre Portugal y el Japón, no pasan todavía de meras tentativas, indolentemente mantenidas y de éxito dudoso. Cuando nos pongamos a pensar

en todo esto, parece casi inverosímil –pero está la Historia para afirmarlo– que hubiésemos sido nosotros, los portugueses, quienes descubrimos, a mediados del siglo XVI, el *Nippon* al mundo occidental, estableciendo inmediatamente íntimas relaciones con los nipones, reservándonos el exclusivo tráfico europeo con el imperio y siendo mensajeros de un nuevo credo, la religión cristiana, que implantamos, ejerciendo en pocos años una brillantísima catequesis.

Cortos años fueron, en efecto: cerca de ochenta. Pasamos para rápidamente desaparecer. Fuimos un meteoro social. Mientras tanto, este paso debería haber dejado aquí, en la exótica civilización que por sorpresa devastamos, vestigios inequívocos de su acción prestigiosa. Y los dejó. Lo que ocurre es que, desinteresados del Japón, como de todo el Oriente, y calmada la fiebre aventurera que nos colocó en un lugar prominente en la vida mundial, poco o nada nos importa ahora el estudio crítico del rastro de nuestros propios hechos, aunque el asunto se muestre cautivador; abandonando la tarea a otros, extranjeros, cuyas apreciaciones pecan a veces de falta de criterio y poca lealtad.

Las líneas que siguen se refieren a los vestigios que he mencionado. No tienen, sin embargo, la pretensión, ni por asomo, de un estudio serio del asunto; son simples notas inconexas, reunidas sin ton ni son, con el único fin de que despierten algún interés, sin demasiado tedio por ser breves, a los lectores de mi tierra.

En 1542 (la fecha es un tanto discutida), los portugueses descubren el Japón al mundo de Occidente. En 1549, el misionero jesuita Francisco Javier, español de origen, pero al servicio de los portugueses, desembarca en Japón, en Kagoshima, y comienza su propaganda religiosa, seguido de cerca por otros misioneros nuestros y por numerosos mercaderes. En 1587, se da la primera persecución de cristianos. En 1597, en Nagasaki, veintiséis cristianos mueren martirizados. En 1624, después de cruentas luchas, tragedias y

masacres, Japón cierra sus puertas a la cristiandad, con excepción de los holandeses, que aceptan a cambio de ganancias mercantiles, una humildísima condición de casi cautiverio, reclusos en el islote de Deshima, en el puerto de Nagasaki. Durante 229 años, el imperio se mantiene, puede decirse, incomunicado. En 1853, un comodoro americano, Perry, fondea su flota cerca de las aguas de Yokohama; es el primer paso para restablecer las relaciones, que marcan la extraordinaria evolución efectuada en el país durante los últimos cincuenta años, bien conocida por todos nosotros.

Comenzando por la fecha de nuestra llegada a suelo japonés, es curioso observar que no quedan de este hecho informaciones precisas. Sin embargo, no sorprende. No podemos comparar esta llegada a un verdadero descubrimiento, como el de América, por ejemplo. Desde los primeros años del siglo XVI nos eran familiares los mares de Extremo Oriente; conocíamos Formosa, el archipiélago de Luchú (Ryûkyû en japonés), las costas de Corea; portugueses y japoneses debían encontrarse frecuentemente en el mar y en tierras asiáticas sin que manifestaran un gran interés por ello; y a una tras otra de las innumerables islas del Japón, llevados por el mal tiempo, algunos de los nuestros habrían arribado por casualidad, precediendo al escritor y aventurero portugués Fernão Mendes Pinto, que a su vez a ellas arribaría traído por una tempestad.

Nótese, como circunstancia interesante, que el nombre de Mendes Pinto no figura en las viejas crónicas niponas. En un libro de la época Keicho (1596-1615), citado como la mayor autoridad japonesa en la materia, se menciona que el 25.º día de la 8.ª luna del año 12 de Tembún (23 de Septiembre de 1545), llegó al puerto de Tanegashima (cerca de Kagoshima) un gran navío pilotado por una tripulación extranjera, siendo dos de sus jefes Francisco y Kirishita (¿Cristovão?) da Mota. Se describen a continuación, con minuciosa ingenuidad, los fusiles que poseían los extranjeros, a los que llamaban *téppô* (tal vez por

onomatopeya), de entre los cuales los habitantes del lugar compraron dos, a un alto precio, y aprendieron a usarlos y, después, a fabricarlos. El nombre de *tanegashima*, en la memoria del lugar, aún es empleado hoy en día para nombrar los antiguos fusiles japoneses –ahora artículos de museo– iguales a nuestras escopetas; y *téppô* es el término coloquial de cualquier arma de fuego. Así, en la lengua, quedó el testimonio imborrable del gran acontecimiento que los portugueses trajeron al Japón: la introducción de las armas de fuego, que supusieron desde un primer momento importantísimas modificaciones en la táctica de la guerra y en la construcción de los *shirô*, los castillos, algunos de los cuales todavía quedan hoy en pie.

Nuestra influencia en Japón, limitada al periodo de 1542-1624, fue esencialmente religiosa y mercantil. Considerándola por el lado religioso, comienzo por decir que no quedaron monumentos, en el sentido habitual de esta palabra. Tales monumentos, si existiesen, serían iglesias. La madera, que es aquí el material más empleado en la construcción de los edificios, difícilmente hubiese podido resistir hasta nuestros días. Pero no fue el paso del tiempo el que derribó los templos cristianos; fue la cólera de los Sogunes, los generalísimos, quienes, expulsando o masacrando a los misioneros, a los mercaderes y a los conversos, ordenaban al mismo tiempo la destrucción de todos los vestigios que pudiesen recordar a la religión de la cruz. El rigor de la censura llegó hasta tal punto, que ni fueron permitidas en los libros las más mínimas referencias al asunto, ni los términos que designaban a los cristianos, a los extranjeros, podían ser escritos. Esto explica la escasez de documentos literarios que Japón ofrece sobre este asunto.

El fervoroso padre Francisco Javier, al desembarcar en Kagoshima, visitó Hirado, Yamaguchi, Kyoto (la capital); efectuó numerosos milagros, según rezan las crónicas cristianas, convirtió a nobles, convirtió a bonzos y convirtió al pueblo. Otros jesuitas

portugueses siguieron su ejemplo, uniéndose luego los frailes españoles. En 1582, la isla entera de Amakusa, gran parte de las islas de Goto y de los daimiados de Omura y de Yamaguchi son cristianos, contándose unas seiscientas mil almas convertidas. Embajadas japonesas iban a Roma, a jurar obediencia al jefe supremo de la Iglesia, y pasaban por Lisboa. A principios del siglo XVII, cerca de un millón de católicos, diseminados por todo el imperio, representan la cristiandad japonesa. Y es poco después cuando, por orden de Hideyoshi, de Iyeyasu y de los sogunes que se habían ido sucediendo en la dinastía Tokugawa, las persecuciones comienzan, se inician y continúan las masacres, los martirios, los terribles decretos represivos, la obra entera de los misioneros portugueses se ve arrasada, la religión cristiana es juzgada como un crimen, y son expulsados ignominiosamente los extranjeros. Fue entonces cuando muchos japoneses convertidos huyeron a Macao, donde dejaron muestras de raza, de costumbres y de lenguaje reconocibles hasta nuestros días.

Ahora es tiempo de aludir, brevemente, al vestigio más conmovedor, más enternecedor y más inesperado que quedó de nuestro paso por el Japón. Después de la llegada del comodoro americano, el *Nippon* fue reabriendo poco a poco sus puertas a los extranjeros, no de buen grado, sino a la fuerza. Se redactaron y se ratificaron tratados. Una misión católica francesa se estableció en el imperio. En 1862, una iglesia fue erigida en Yokohama. En enero de 1865, otra, la iglesia de los Veintiséis Mártires, se construyó en Nagasaki. Ahora bien, el día 17 de Marzo del mismo año en Nagasaki, un grupo de doce o quince japoneses – hombres, mujeres y niños – se juntó a la puerta de la iglesia. Sorprendido, el padre Petitjean abrió la puerta, entró con ellos, se arrodilló frente al altar y se puso a rezar. Entonces, tres mujeres, ya mayores, se aproximaron al padre; y una de ellas, con las manos sobre el pecho y hablando muy bajo, como si temiese que las paredes

tuviesen oídos para escucharla, le dijo que su corazón y el corazón de todos los presentes eran iguales al suyo, al corazón del padre... Petitjean, conmovido, le preguntó de dónde venían. Venían de Urakami, un pueblo cercano. Y la vieja añadió: “*Santa María no go zo wa doko*” (¿dónde está la noble imagen de Santa María?).

Se revelaba un gran misterio. Todas las persecuciones, todos los martirios, todos los decretos represivos, todo el espionaje ejercido contra el cristianismo durante dos siglos y medio, no habían logrado extirparlo del Japón. Aun sin curas ni templos, las creencias se mantuvieron, en familias contadas por millares. En Urakami, en Goto, en Nagasaki y en otros puntos, los cristianos pululaban, practicando el culto a escondidas como mejor podían; de vez en cuando, denunciados por espías a las autoridades locales, algunos pagaban con la vida la constancia en la fe de sus abuelos. Gente simple y ruda –pescadores, campesinos– aquellos pobres creyentes recordaban en cierto modo a los primeros discípulos de Jesús, unidos como hermanos por el prestigio de una idea, sufriendo por el mártir de Gólgota. En cada uno de los gremios secretos de los cristianos, había un individuo que ejercía el cargo hereditario de bautizar a los recién nacidos, y que conocía, más o menos, las prácticas latinas usadas en tales casos. Todos aquellos japoneses poseían, además del nombre nipónico, dado a los registros oficiales y conocido generalmente, un nombre cristiano de bautizo para uso íntimo, apenas musitado en confianza; uno era *Paoro* (Paulo), otro *Domingo* (Domingos), otro *Rorenzo* (Lourenço), otro *Mikeru* (Miguel), una mujer se llamaba *Iwana* (Joana), una muchacha tenía el gracioso e ingenuo nombre de *Izaberina* (Isabelinha). Se sabían de memoria, en latín, el Padre Nuestro, el Ave María y la Salve; tenían libros de oraciones, rezaban juntos, celebraban la Navidad, la Semana Santa y, para ellos, los domingos eran días de guardar; se presignaban a la portuguesa, lo cual dio mucho que pensar al padre Petitjean, que se presignaba a su manera. Los misioneros

franceses encontraron una hermosa pintura que representaba a la Virgen, una bella cruz de cobre y otras reliquias; muchas familias poseían un recuerdo cualquiera de los curas portugueses, transmitido de padres a hijos, y de estos a nietos y a bisnietos – a veces una simple cuenta, sacada de un rosario.

Justo a mediados del siglo XIX resurgieron, durante algún tiempo, las persecuciones a los cristianos; algunos de ellos, frágiles de espíritu o sometidos a tortura, hicieron pública apostasía; otros – la gran mayoría – entre los que se distinguía el septuagenario Domingos Zenyemon, mostraron una firmeza noble en sus creencias. Sin embargo, gracias a la intervención de los diplomáticos extranjeros, y también del espíritu de la época, todo cesó en breve; la libertad de culto se establecía en el país del Sol Naciente.

En el museo de Ueno, en Tokyo, se encuentran hoy expuestos curiosos documentos de la acción evangelizadora de los misioneros portugueses. Figuran, entre otros, los siguientes: un retrato al óleo de Hashikura Rokuemon orando delante de un crucifijo; el título de ciudadano romano conferido al mismo Rokuemon, que visitó al Papa Pablo V, en 1615, como embajador del príncipe de Sendai; varias pinturas sagradas, rosarios, crucifijos, un pequeño misal escrito en japonés, etc. Allí figuran también ejemplares de las célebres *fumi-ita*, placas de metal con emblemas cristianos que eran pisoteados por los japoneses en los tiempos de persecución y, parece cierto, que también por los holandeses, con la intención de probar a las autoridades del país, cuando fuese necesario, que no seguían el credo de Jesús.

Su historia y la crítica de la persecución japonesa contra los misioneros portugueses, contra los extranjeros en general, llena de horrores como todas las persecuciones religiosas, no se acaba aquí. Sin embargo, se le deben hacer algunos matices al natural resentimiento

que los hechos anotados y descritos minuciosamente por nuestros viejos cronistas puedan haber inducido al alma portuguesa.

Nuestros sacerdotes se muestran desde un primer momento intolerantes y los nobles convertidos fueron más que intolerantes: fueron despóticos, fueron crueles, obligando a la fuerza a sus vasallos que abrazaran la nueva fe, incendiando los templos budistas y asesinando a los bonzos. El comercio pronto se convirtió en el monopolio de los cristianos. Los padres portugueses y los monjes españoles, mercaderes portugueses de poca finura de costumbres, y más tarde los holandeses y algunos ingleses, todos comenzaron a tramar unos contra otros, y a intrigar contra el imperio, injiriéndose en la política interna, conspirando; expandiendo la revuelta, la confusión y la anarquía. Los dirigentes japoneses ansiaban establecer sobre unas bases sólidas el comercio del país con Occidente, con el propósito de engrandecerlo a través de la industria y de los progresos obtenidos. Sin embargo, no podían admitir tamaña influencia moral ejercida por extranjeros, ya que llevaría a la desintegración de la familia japonesa, al fanatismo, a la opresión religiosa, a la inquisición y, ciertamente, para colmo, al dominio político de los blancos en suelo de los Mikados. La opinión generalmente admitida, entre los escritores occidentales modernos más competentes, es que el peligro jesuita fue una de las coyunturas más amenazadoras que hayan puesto en riesgo la independencia japonesa, durante la larguísima existencia de la nación. Hideyoshi e Iyeyasu fueron bárbaros, pero salvaron a su patria de la esclavitud.

Pasemos página, para tratar ahora el lado mercantil del asunto. Poco hay que decir. Los portugueses podrían haber hecho mucho en este campo. Podrían haber despertado las energías latentes del alma de los nipones y de los chinos también, anticiparse a los hechos, aliarse con los asiáticos y revolucionar el mundo. No lo hicieron, ni sorprende que así fuera. El espíritu de hace tres siglos era otro. Los destinos reservaron a Inglaterra el lugar de

primer aliado occidental de un imperio de Oriente. Está probado que los navíos de nuestros mercaderes sirvieron de modelo a los barcos japoneses, comenzando a construirse algunos de mayor tonelaje y adecuados a la navegación de larga distancia. Descubrimos en este pueblo el espíritu aventurero, el amor por los grandes viajes, por las conquistas. En 1594, Hideyoshi distribuía permisos a ocho barcos japoneses para que negociasen con Luzón, Amoy, Macao, Annam, Tonkín, Camboya, Siam, Malaca y otros puertos. Seis años después, Iyeyasu aumentó tales permisos a sesenta y dos; en 1620 llegaban a ciento setenta y nueve. En aquellos tiempos partió un barco japonés hacia la India con escala en Macao. Allí, los portugueses, al no conseguir que el capitán vendiese la carga y desistiese de ir más allá, se la confiscaron sin ningún proceso. Pero la expulsión de los extranjeros del suelo japonés venía a poner fin a los desmanes de este pueblo en lo que a la expansión se refiere, llevando a cabo naturalmente una política cautelosa, represiva; la emigración de los nacionales fue prohibida, prohibido el regreso de los ausentes, el tonelaje de los barcos reducido a cifras mínimas, permaneciendo solamente la navegación de cabotaje. El aislamiento era la única ley.

Voy ahora a referirme a otros vestigios de mínima importancia pero de interesantísima mención, que quedaron de nuestro paso por *Nippon*. Estos vestigios se encuentran en su escritura ideográfica: los japoneses escriben con tres figuras la palabra “Portugal”. Las dos figuras superiores significan *budô* (uvas, viña); de modo que la rigurosa denominación de nuestra tierra sería para ellos *el País de las Uvas* o, por extensión *el País del Vino*... Irónica divisa, cuando se tiene en cuenta la escasez del vino portugués en tierras del Japón; en todo caso corroborando la remota fama vinatera de la patria de Mendes Pinto y de los que le sucedieron.

Los portugueses trajeron al Japón ideas nuevas, objetos nuevos. De esto resultó naturalmente la adopción, en la lengua del país, de muchos de nuestros términos; al darse la circunstancia favorable de una notable semejanza de pronunciación en las lenguas habladas por los dos pueblos. Abundan, como fácilmente se imagina, los términos religiosos; muchos de ellos todavía en uso, a pesar de que los sacerdotes franceses, pastores actuales del menguado rebaño de los católicos nipónicos, tratan de sustituir estas palabras por otras etimológicamente nacionales. Cito algunos ejemplos:

-*Kirisuto* (Cristo), *Yaso* (Jesús), *Kirisutan* (Cristiano), *Bataren* (padre), *Kontasu* (Cuentas, rosario), *Anima* (ánima, alma), etc.

Después, vienen los nombres de cosas: - *botan* (botón), *birôdo* (terciopelo, en portugués *veludo*), *bôto* (bote), *bidôro* (vidrio), *koppu* (vaso, en portugués *copo*), *manteru* (mantel), *kappa* (capa), *mantô* (manto), *pan* (pan), *shabon* (jabón, en portugués *sabão*), *kompeitô* (gominola, en portugués *confeito*), *saberu* (sable), etc.

Los japoneses dicen: *tempura* (de “tempero”, u otro término parecido). *Tempura* es cualquier producto de cocina frito en aceite, correspondiente a nuestro vocablo actual “rebozado”. La palabra se conoce también en África, de importación portuguesa, claramente; yo conocí, en Mozambique, una negra que se llamaba *Tempura*.

Los nipónicos dicen: *tabako* (tabaco). Parece no quedar duda de que fuimos nosotros los que introdujimos la palabra en el Japón. Tanto la droga como la costumbre de fumarla, alrededor de 1600. Al principio, se decretaron rigurosas leyes prohibitivas contra el uso del tabaco; pero después se estableció la tolerancia y pasaron a fumarlo todos sin distinción de sexos. Observa un autor japonés contemporáneo: “Mujer que no fume y bonzo que persevere en sus deberes de abstinencia, son dos cosas igual de raras”. Dejando sin comentario el cigarro, que las costumbres modernas van divulgándose profusamente,

conviene saber que el tabaco japonés, de delicioso aroma, se fuma en cachimbas, algunas de las cuales son verdaderas obras de arte, compradas a alto precio. El *kiseru*, la cachimba, consta de un hornillo y de una boquilla de metal (cobre, plata u oro), y de un fino tubo de bambú. Varios otros delicados utensilios (como la funda de seda, el chisquero, etc.) forman parte del arsenal del fumador. Los hombres del pueblo, que trabajan por las calles, llevan siempre la cachimba a la cintura, guardada en un estuche de cuero barnizado; los *touristes*, ajenos a las costumbres, pensarán que van armados con un puñal. En el hogar, el ritual de la *musumé*, tomando en los dedos una pizca de tabaco, llenando el hornillo, encendiéndolo sobre las brasas, saboreando una única calada, sacudiendo los restos, llenando de nuevo el hornillo y ofreciendo la cachimba a la compañera, es graciosísima.

Los nipónicos dicen: *karuta* (cartas, naipes). Sin duda, ya eran dados al juego desde épocas remotas, como buenos asiáticos que son; pero, si no fallan los cálculos, fuimos nosotros quienes les trajimos las cartas de juego. Lo que sucede, es que las cartas japonesas son más bonitas que las nuestras. Nos parece adivinar que, mientras los buenos padres jesuitas iban enseñando la doctrina a estos paganos y cuidando de guiarles el alma por buen camino, Mendes Pinto y sus dignos sucesores –amables hijos del *País del Vino*– empleaban sus horas muertas en inculcarles el vicio del tabaco, jugando al mismo tiempo a la brisca en apacible sociedad. Cayó por tierra la doctrina de los padres; pero el tabaco y las cartas de juego –¡oh, peste del alma humana!– persistieron...

Quedaron mencionados, muy por encima, como convenía, los vestigios que nuestro rápido paso dejó en suelo japonés. Dos palabras ahora, para observar la corriente inversa, que siempre se manifiesta como en los ríos, en fenómenos sociales del orden que he señalado.

Algunos vocablos japoneses encontraron adopción en nuestra lengua, especialmente en Macao, vecino y en íntimas relaciones con el imperio durante cierto periodo. En Macao, se llama “biva” al níspero, al cual los japoneses llaman *biva*. Los japoneses llaman *kaya* (de *ka*, mosquito, *ya*, casa) a la mosquitera; el término se emplea igualmente en el lenguaje de Macao. El vocablo “biombo” y el objeto que expresa son evidentemente de origen japonés; los japoneses dicen *biôbu*. Lo mismo sucede con “catana”, portugués, y *katana*, japonés. “Bonzo” es palabra japonesa; los japoneses dicen *chá* para referirse al té; nosotros decimos también *chá*, como ellos; nuestro término viene de uno u otro origen; pero “*chávena*” (taza) es de pura importación nipónica, de *cháwan*, palabra que designa el mismo objeto.

Nuestros sacerdotes y nuestros mercaderes, animados por intenciones que nada tenían que ver con el delicioso arte nipónico, no se habían preocupado por él, la habían ignorado, desdeñosos. ¿Habría en Portugal un jarrón de porcelana, una cajita de charol, una hoja de dibujos, traídos del Japón, de la época en la que nosotros tan asiduamente lo frecuentábamos? Supongo que no. Sin embargo, es bien posible que ciertas formas de objetos (en las teteras, en las tazas, en las bandejas, etc.) hayan sido inspiradas en modelos japoneses.

Los rubios de Holanda, al permanecer en Japón, nos excedieron inmensamente como transmisores de ideas y de cosas entre el Japón y Occidente. No obstante, los verdaderos descubridores del Japón artístico y pintoresco, los auténticos *Mendes Pinto* del *Nippon* encantador y enhechizante, solo aparecieron hace algunos años, y fueron los Goncourt, Revon, Lafcadio Hearn y pocos más. A ellos se debe nuestro reconocimiento profundo de las delicadezas de esta tierra y esta gente, y la influencia resultante del arte japonés en el arte de Occidente. A cambio, Japón viene adoptando nuestro sombrero de

copa, nuestro lúgubre abrigo de ceremonia, nuestros cañones de disparo rápido y el bistec con patatas, a la inglesa...

Reservando para el final un último comentario sobre la influencia portuguesa en el Japón, comentario que es adecuado cuando acabamos de inventariar los casi quiméricos vestigios que quedan de nuestro paso por el imperio, se me ocurre decir que conviene tener en mente que semejante influencia fue principalmente de orden moral y no dejó por consiguiente vestigios palpables, visibles, en abundancia. Nuestra convivencia con los nipónicos no cesa por este hecho de ser, para ellos, una revelación de alcance formidable. Acostumbrados, durante siglos innumerables, a ver Asia como el mundo y la vieja civilización china como la única manifestación de pensamiento, sus relaciones con nosotros y el envío de embajadas a Europa, pasando por Lisboa, entonces uno de los grandes centros de actividades mundiales, sin duda abrieron mucho los ojos a los nipónicos, por naturaleza ávidos de novedades e instrucción. Fueron los portugueses quienes enseñaron a esta gente que allá a lo lejos, en las tierras de los hombres blancos, florecía también una avanzada civilización, y que vastísimos impulsos, de progreso y de codicia, dirigieron allí la marcha de las naciones. De tales conocimientos, nació seguramente un primer sobresalto en el alma japonesa, que fue el germen de su posterior evolución, preparándose poco a poco el imperio para la asombrosa metamorfosis que ha sufrido en nuestros días, en la constitución íntima del Estado, en las fuerzas del país y en las aspiraciones de todo el pueblo.

El texto original “Vestígios da passagem dos portugueses no Japão” (1926), se encuentra publicado en

Wenceslau de Moraes, Os serões no Japão.

Lisboa, Parceria A.M. Pereira, Lda., 1973

Imagen: Biombo Namban